El pecado nuestro de cada día

Verny Campos Cabezas

EDITORIAL UCR

El pecado nuestro de cada día

Verny Campos Cabezas

EDITORIAL
UCR
2017

860.5
C198p Campos Cabezas, Verny
El pecado nuestro de cada día / Verny Campos Cabezas. –1. ed.– Costa Rica: Edit. UCR, 2017.
x, 112 p.

ISBN 978-9968-46-660-8

1. LITERATURA COSTARRICENSE. I. Título.

CIP/3167
CC/SIBDI.UCR

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.
Primera edición: 2017.

La EUCR es miembro del Sistema de Editoriales Universitarias de Centroamérica (SEDUCA), perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Corrección filológica: *María Benavides G.* • Revisión de pruebas: *Euclides Hernández P.*
Diseño, diagramación y diseño de portada: *Abraham Ugarte S.* • Control de calidad: *Alejandra Ruiz B.*

© Editorial Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. Costa Rica.

Apdo. 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257 • administracion.siedin@ucr.ac.cr
www.editorial.ucr.ac.cr
Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Impreso bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN. Fecha de aparición: octubre, 2017.
Universidad de Costa Rica. Ciudad Universitaria Rodrigo Facio.

A Rosse Mary, quien es un bastón
y a Luis Octavio, quien es una huella.

"Mi misión es matar al tiempo, la suya matarme a mí. Se está perfectamente a gusto entre asesinos."
E. M. Cioran

Contenido

Capítulo I:
Genealogía del insomnio 1

Capítulo II:
El discurso 5

Capítulo III:
Genealogía del insomnio 2 11

Capítulo IV:
Fragmento de la Constitución de Nightmare City .. 15

Capítulo V:
Z. Akarana y la fundación de la nueva ciudad 19

Capítulo VI:
Nightmare City y la peste del insomnio 27

Capítulo VII:
Breve episodio de Eugenia el primer día 37

Capítulo VIII:
El laberinto de los relojes 41

Capítulo IX:
Breve episodio de Luciana el segundo día 49

Capítulo X:
El encierro 53

Capítulo XI:
Breve episodio de Caín el tercer día 59

Capítulo XII:
Última genealogía del insomnio.
La ciudad de la vigilia 63

Capítulo XIII:
Breve irrupción de Adolfo el cuarto día 67

Capítulo XIV:
La agonía 71

Capítulo XV:
Breve episodio de Berenice el quinto día 75

Capítulo XVI:
Despedidas 79

Capítulo XVII:
Breve episodio con Diógenes el sexto día 83

Capítulo XVIII:
La confesión 87

Capítulo XIX:
La peste según el diario de Nightmare City 95

Capítulo XX:
Breve episodio con Amador el séptimo día 99

Capítulo XXI:
La última noche de los virtuosos 105

Acerca del autor 113

Capítulo I:
Genealogía del insomnio

No tengo un recuerdo claro del momento en que la salud del Sr. Orwell se empezó a deteriorar; tendría cerca de unos cincuenta años, un dato ciertamente difícil de precisar. El Sr. Orwell es de esas personas que no aparentan la edad, como los bustos de filósofos griegos de las enciclopedias. Desde nuestra llegada a Nightmare City, o bueno, al menos desde que recuerdo conocerlo, siempre se había visto igual.

Luego de todo lo sucedido, pienso en su presencia en la ciudad, aún más, en nuestra familia, como la condición de posibilidad para determinar nuestra historia en Nightmare City. He decidido, por estas razones, empezar con él para luego pasar a narrar con detalle todo lo acontecido en torno, primero, a la muerte de mamá, y luego, al asesinato de papá.

Cuando vi al Sr. Orwell en el parque por última vez, justo después de la ejecución, logré identificarlo como un criadero de la peste. Estaba parado en la esquina, con un gabán oscuro, no preciso ahora si era azul o negro, es irrelevante el dato por supuesto. Era oscuro, ese es el hecho. Cuando lo saludé me ignoró, bueno ahora entiendo que era por los efectos de la peste, en aquel momento solo pensé: "no me vio". A ciertos enfermos

de insomnio, les da por eso de ignorar a los otros para evitar la sensación espantosa de hablar dormidos.

El Sr. Orwell, un hombre hasta antes de aquellos días bastante guapo, alto, rubio, ojos azules, origen probablemente irlandés, quién sabe, estaba prácticamente irreconocible, su espalda encorvada, sus pupilas súper dilatadas y esas escleróticas amarillentas con venitas rojas como ríos eran la morfología de una pesadilla con los ojos abiertos. Una sonrisa tonta, más bien un intento de sonrisa, daba esa impresión como de estar recordando algo gracioso o de estar pensando en hacer una maldad.

El Sr. Orwell es un buenazo, de esos tipos incapaces de matar una mosca, le da vergüenza decir malas palabras y en los espacios de socialización limita sus intervenciones a pura etiqueta tan solo para no fallar. En fin, casi un político. Imposible pensar en un hombre como él para articular el plan de un asesinato a sangre fría, imposible pensar en un hombre como él ensartándole un cuchillo de cocina, un montón de veces, a una mujer enferma sin miramientos. Pero una persona atrapada en un tormento es capaz de cualquier cosa.

Hay tramas aún un poco oscuras en Nightmare City. El hecho, por ejemplo, de no tener un cuerpo judicial para indagar el origen de nuestros habitantes no dejaba clara la procedencia de varias personas. Es decir, en general se conocía el origen de todos, pero por una cuestión meramente autorreferencial. Así como: "soy yo XXX, hijo y heredero de los reyes de XXX", había que creerle. Cualquiera podría decir: "acabo de entrar a la ciudad" y nadie lo pondría en tela de duda. La idea era clara y noble: no queríamos incentivar ningún tipo de discriminación. Mientras menos supiéramos, mejor.

Sin embargo, todos sabíamos de los residentes originarios en Nightmare City antes de su fundación. No tenían casas y vivían entre los escombros de la ciudad anterior; paso a paso se fueron insertando en la vida cotidiana del nuevo Estado y al poco

tiempo era prácticamente imposible reconocerlos. Muchos murieron contagiados por la peste cuando ni siquiera teníamos conocimiento de ella y sus actas de defunción decían cosas como "demencia senil", "infarto", "paro cardiorrespiratorio" e incluso "epilepsia" como causa de muerte, pero lo cierto es que a todos los había matado el insomnio: un ataque de presión alta, las pupilas dilatadas, la sonrisita tonta, el cuerpo encorvado, un coma súbito y luego la muerte.

El problema se daba con ciudadanos como el Sr. Orwell, pues no morían y se convertían más bien en un peligro no solo por ser focos de la infección, sino por ejecutar crímenes que a la larga quedarían impunes o serían el motivo para inculpar inocentes. El Sr. Orwell era un ejemplo de estos dos casos y, además, fue la causa de la destrucción de la ciudad. Pero bueno, ya esto es decir mucho y estar dando opiniones a estas alturas es irrelevante, como irrelevantes me parecían en su momento los hechos que no pude descifrar; como, por ejemplo, cuando no me resultaron para nada sospechosas las llamadas de Orwell a altas horas de la noche o sus visitas inesperadas en medio de la madrugada. Siempre parecían cosas realmente importantes.

En el trabajo de un periódico, es muy normal que a los reseñadores se nos contacte para algún trabajo urgente. Nunca se me ocurrió que el trabajo de editor de Orwell fuera más bien incidental, es decir, apenas una actividad apropiada para su vida nocturna, una forma de estar ocupado. Bien pudo ser médico y trabajar en un hospital o de guarda en cualquiera de los bares o edificios de la ciudad, pero era editor porque manejaba mejor las letras y, además, porque el diario había sido fundado por su difunto padre que había muerto un par de años atrás sin duda por causa de la peste.

Orwell vivía hacia las afueras de la ciudad y esto, como veremos más adelante, también debió ser una fuente mayor de sospechas, pero ni siquiera en eso pensé. Jamás lo vi durmiendo,

aunque después de un tiempo siempre me dio la impresión de tener mucho sueño, bostezaba demasiado, con bostezos de esos soporíferos, contagiosos. Luego, entrada la tarde, siempre tenía unos ímpetus poco usuales traducidos luego en explosiones de energía conforme más entrada estaba la noche. Cuando llegaba a visitarnos, siempre se iba muy tarde y jamás pasaba la noche con nosotros, por más que le insistiéramos. Ahora me parecen claros los indicios que mostró del contagio. Nunca me hubiera imaginado que el insomnio pudiera llegar a ser tan terriblemente peligroso y contagioso.

Esta es una muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo
en la Librería UCR.

LIBRERÍA
UCR